

COURNOT Y EL MUNDO ADMINISTRADO

«Il n'pas cherché la popularité.»

EMILE DURKHEIM.

I

Cuando, hace exactamente cien años, apareció el *Traité de l'enchaînement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire*, de Cournot, Georges Friedmann señaló que la misión y descripción del futuro desarrollo de la sociedad industrial hecha por Cournot era más clara que la de Saint-Simon, mucho más famoso por sus pronósticos (1). En este reconocimiento se basan nuestras consideraciones. Aunque la manifestación de Friedmann causó gran sorpresa, su efecto resultó tan insignificante como la propia obra de Cournot. Mientras que Cournot es considerado desde hace tiempo como destacado matemático y fundador de la economía nacional basada en la ciencia de las matemáticas (2), al que, entre otros, analizaron también Wabias, I. Fischer y Pareto, y mientras que J. Rostand puso, con toda razón, claramente de manifiesto la importancia de Cournot para la Biología (3), pasó el resto de la obra del mismo casi inadvertidamente. Ni los trabajos de Durkheim (4), ni los de Tarde o Bouglé (5) conseguirán despertar por la obra científico-social de Cournot algún interés, ni siquiera en los círculos más representativos del público culto —y que conste que Durkheim le había

(1) «Les technocrates et la civilisation technicienne», en Gurvitch, ed., *Industrialisation et technocratie*. París, 1949; pág. 46. Cfr. MEYNAUD: *Technocratie et pouvoir*. Lausanne, 1960; pág. 53.

(2) Véanse los artículos de REICHARDT sobre COURNOT en «Handwörterbuch der Sozialwissenschaften» y de HAUTHAL en *Staatlexikon* (6. Auflage).

(3) «Cournot et la Biologie», *Rev. d'Histoire des Sciences*, 6, 1953; págs. 150 y sigs.

(4) «Vorwort zur Neuauflage von Cournot *Traité*», etc. París, 1911.

(5) Ambos en *Cournot-Sonderheft der Rev. Mét. Mor.*, 13, 1905, donde también H. POINCARÉ aprecia el mérito de COURNOT como matemático.

presentado como uno de los filósofos franceses más importantes del siglo XIX—.

Tampoco Ruyer encontró eco con la excelente monografía de 1930, en la cual destacó la actualidad de la visión cournotiana respecto a la futura sociedad humana (6). Lo mismo se puede decir de círculos católicos, ya que no había ninguna referencia a la obra de Cournot (7).

En Alemania fué Cournot casi desconocido como crítico de su época —y aunque Gehlen recogió su concepto de la poshistoria— (8), el hecho se debió más a la común posición de razonamiento de los dos pensadores que a la creciente eficacia de la obra de Cournot.

Quien no oscurezca la realidad con ideologías se dará perfecta cuenta, después de un estudio de las obras de Cournot, del porqué se les prestó tan poca atención. Por cierto que Cournot no es demasiado generoso en facilitar a sus lectores el acceso a sus arcanos. La frialdad de su estilo, lindante frecuentemente con la pedantería, y que contiene una cierta dosis de tufillo que caracteriza al claustro francés, no anima precisamente a la lectura de sus libros. Sin embargo, puesto que muchos libros, escritos aun con menos pasión, han encontrado eco en el público, habrá que buscar otra explicación a la cuestión del silencio (desinterés) sobre la obra crítica de Cournot. Ya Durkheim acertó al afirmar que Cournot no había buscado la popularidad —tampoco la impopularidad, debiéramos añadir— en las Universidades y despachos de Redacciones.

Ahora bien: dijimos que a Cournot no le interesaba dicha popularidad: no porque la hubiera considerado inaccesible, pues frecuentaba círculos muy influyentes, sino más bien porque sabía que lo que quería decir resultaba impopular. De ahí su renuncia a la retórica y a la brillantez, y será difícil equivocarse admitiendo que ha buscado intencionadamente la frialdad en la expresión. No olvidemos tampoco que Baudelaire y Flaubert fueron sus contemporáneos: es donde por primera vez encontramos analogías entre el moderno estilo de la ciencia y del arte (modernos). Además, en Cournot no hay nada dramático o teatral; por ello tampoco la pretensión de imponer sus ideas a los demás —aquí no hay ningún patrón pedagógico, ningún proyecto de un mundo nuevo, pero tampoco minimizaciones algunas, ni mucho menos una idea de formación de un nuevo hombre como en Nietzsche.

La comparación con Tocqueville es, desde luego, bastante acertada. Sin embargo, se comprobará que Tocqueville tenía aún más esperanza que Cour-

(6) *L'Humanité de l'avenir d'après Cournot*. París, 1930.

(7) JOLIVET: «Trois Critiques de l'humanité cartésienne: Proudhon-Cournot-Nietzsche», *Rev. Thom.*, 41, nouv. série XIX, 1936: págs. 164 y sigs.

(8) ZULETZT: *Über kulturelle Kristallisation*. Bremen, 1961; pág. 13.

not, que vió llegar ya la poshistoria, en la cual la esperanza queda reducida al campo de la religión o se transforma en el deseo de conseguir un nivel de vida más alto. Donde, a pesar de todo, Cournot aparece esperanzador; parece que con ello quiere animarse a sí mismo para mejor perseverar en sus opiniones. Es decir, su optimismo no fué sino un medio higiénico de rendimiento. Por cierto que Cournot tampoco cultivaba ideas sobre el ocaso de la Humanidad, puestas de moda más tarde. Sabía que las cosas del espíritu son irreversibles, y tampoco se cerraba ante los auténticos beneficios del progreso. Sólo que ni se olvidó del reverso de la moneda puesta en circulación en la época moderna.

La antipatía de Cournot hacia la popularidad, apostrofada por Durkheim, no tiene nada que ver con los resentimientos del socialmente retardado. Cournot ya tenía detrás de sí una brillante carrera profesional cuando empezó a presentar sus ideas sobre la sociedad industrial. Anteriormente fué profesor de Matemáticas, tenía amigos de gran influencia y se ocupó durante mucho tiempo de la instrucción pública como inspector general. Asimismo poseía suficiente experiencia en el campo de la política de su tiempo. Ya como secretario del mariscal napoleónico Gouvion Saint-Cyr tuvo ocasión para entrar en contacto con los principales políticos. Por consiguiente, no extraña que se diera cuenta de las intenciones del histrión Luis Napoleón y se decidiera por Cavaignac.

La verdadera causa de la impopularidad de Cournot resultará mucho más clara cuando tengamos más detenidamente en cuenta sus más importantes ideas sobre el desarrollo de la sociedad moderna.

II

Empezaremos presentando ciertas concepciones fundamentales de Cournot que a continuación le permitirán desarrollar sus ideas (9). Conforme a las intenciones de nuestro trabajo, nos limitaremos en esta relación a dibujar sólo rasgos generales y concepciones fundamentales de Cournot, sin someterlos a un juicio crítico (10). Una investigación crítica resultaría incluso

(9) Partimos de las siguientes ediciones de sus obras: *Traité*, etc., citada en la nota 4, edición de 1911; *Considerations sur la marche des idées et des événements dans les temps modernes*, ed. F. Mentré, 2 vols., París, 1934; *Materialisme, Vitalisme, Rationalisme*, París, 1875.

(10) Esto puede seguirse por los artículos del manual ya citado, no tenidos como literatura secundaria: J. SEGOND: *Cournot et la psychologie vitaliste*, París, 1913; R. LÉVEQUE: *L'«élément historique» dans la connaissance humaine d'après Cour-*

poco fructífera; posiblemente se desprende de los resultados que proporcionan estas concepciones fundamentales bastante luz crítica sobre la posición original. Por cierto que tenemos que pasar por encima de muchos puntos de vista, ya que merecen la pena ser descubiertos por sí solos.

Dos categorías fundamentales de Cournot que han provocado muchas equivocaciones son: *Vitalismo* y *Racionalismo*. Vitalismo es aquello que se relaciona directamente con la vida, mientras que racionalismo representa la capacidad de ordenar las cosas según principios que emanan de la razón. Lo vital puede encontrarse, tanto en la biología como en la sociología, aunque hay que decirlo, Cournot no desarrolló biologismo alguno, como pretenden demostrar algunos de sus críticos. Además, lo vital responde también a aspectos más esenciales del alma. Mientras que la Naturaleza no conoce más que evolución, el hombre tiene historia. Esta historia se mueve entre necesidad y azar, en cuyo caso el azar tiene frecuentemente su origen en lo vital. Sin embargo, mientras el hombre se esfuerza en descubrir las causas del azar, con ayuda de la razón, llega a darse cuenta de la posibilidad de preparar su eliminación. El curso de una civilización se dirige, por lo general, hacia la sustitución de lo vital por lo racional.

Es también la opinión de Cournot de que lo vital queda interceptado por la organización. La incalculabilidad de lo vital obliga al hombre a suavizarla mediante la razón, apareciéndole de esta manera el progreso como algo infinito. Con el crecimiento del progreso disminuye, por lo tanto, la pasión, y lo extraordinario se convierte en instrumento peligroso de una crisis. Pero si se prescinde del progreso, como consecuencia de la racionalidad, ante todo, en las ciencias, en la industria y en la economía de la gran reforma filosófica, y especialmente cuando ésta debería ser de carácter enciclopédico: amarga tesis para los filósofos profesionales.

En caso de que se agote, como toda vitalidad, la vitalidad de una civilización, y cada vez gana más terreno la organización racional, un día deja de existir su historia, y la civilización en cuestión entra en el «état final», en el período poshistórico. Cuando termine la Edad de las ideas políticas y

not, París, 1938; H. SÉE: «Quelques remarques sur la philosophie de l'histoire de Cournot», *Rev. Synth.*, 42, 1926, págs. 5 y sigs.; M. H. MOORE: «The place of A. A. Cournot in the history of philosophy», *Phil. Rev.*, 43, 1934, pág. 380 y sigs.; E. DE MICHELIS: «A. Cournot e la sua teoria della conoscenza storica», *Scientia*, 62, 1947, págs. 65 y sigs.; F. MENTRÉ: «Cournot et Proudhon», *Rev. d. Cours et des Conférs.*, 39, 1937, págs. 280 y siguientes; C. LURQUIER: «Sur Cournot», *Rev. Univ. Brux.*, 44, 1938/39, págs. 347 y siguientes; J. PAUMEN: «Les deux sociologies de Cournot», *Rev. Inst. Soc.*, 1950, números 2-3, págs. 5 y sigs. Vid. también M. LEROY: *Histoire des Idées sociales en France*, tomo 3, París, 1954, págs. 122 y sigs.

religiosas, de las guerras y las conquistas, será sustituida por una Edad cuyo proceso se basará en la experiencia, el cálculo, etc.; es decir, en la Razón (11). Entonces las sociedades humanas, cree Cournot, se parecerán al funcionamiento de un mecanismo, en que todas las piezas podrán ser definidas, medidas y ajustadas con una precisión cada vez mayor, y donde este mecanismo podrá ser conservado en un estado que permitirá esperar resultados regulares (12). En tal caso se reduce la historia al contenido de un boletín público de Jefes de Estado y al nombramiento de funcionarios; pero es entonces cuando deja de existir la historia propiamente dicha. Según Cournot, el sentido de responsabilidad hacia lo histórico desarrollado en el siglo XIX sería en esta relación muy significativo, pero también que se aflojase la influencia de los precedentes históricos.

Al mismo tiempo se prepararía más productivo el campo de las ciencias sociales. Por cierto que ya no serían necesarios los grandes hombres cuyos puntos de vista extraordinarios son de influencia decisiva. Bastarían las masas de investigadores disciplinados que se lo arreglasen todo con pura racionalidad. En lugar de las grandes obras personales, aparecerán recensiones y artículos de toda clase y en todos los idiomas, y en la medida en que el azar vaya desapareciendo de las sociedades humanas, las ciencias sociales se harán más científicas; esto es, más positivas, y el objeto de la investigación resultará más constante: el propio Cournot creó la economía nacional, basada en las matemáticas (13).

Para Cournot, la ciencia es, por lo tanto, el campo de lo que se puede conocer positivamente, ocupándose de lo que es asequible al conocimiento exacto. Inclúyese a las ciencias sociales, que Cournot separa terminantemente de la filosofía y de la política, como se desprende de sus discusiones científico-teóricas, llevadas a cabo por un espíritu ya muy moderno. No obstante, difiere sustancialmente de Comte y de su escuela por creer que la ciencia no estaría en situación de suplantarse a la filosofía desde el punto de vista cualitativo (14). La filosofía no puede transformarse en una ciencia, pero tampoco desaparecer por completo, ya que la metafísica no tiene nada que ver con supersticiones, como cree el positivismo, sino con cosas concretas que no son concebibles científicamente, lo cual, sin embargo, no excluye que exista una discusión racional sobre las mismas. Pues la filosofía queda justificada en virtud de las cosas. Por consiguiente, el imperio del positivismo tendría consecuencias nefastas.

(11) *Traité*, págs. 605 y sigs.

(12) *Cons.*, II, págs. 186 y sigs.

(13) Cfr. también LÉVEQUE, ob. cit., págs. 110 y sigs.

(14) *Cons.*, II, págs. 188 y sigs.

Cournot cree que algo parecido ocurriría con la religión, cuya estabilidad en un tiempo de la general hostilidad antirreligiosa le condujo a darle crédito de una manera sorprendente (15). La longevidad de la religión, y especialmente su paso a la poshistoria, la separa, como en el caso del idioma, del desarrollo de otras instituciones sociales. Si estas instituciones pudieran nacer, y de hecho fueran creadas en un período ulterior de la civilización, lo mismo se puede decir de lo contrario: no hay probabilidad alguna para crear un nuevo idioma; tampoco construir una nueva religión. La longevidad de la religión llegaría, por tanto, a la indestructibilidad, siendo guardada la fe religiosa por aquellos que no quisiesen renunciar a su ayuda y a sus consuelos, incluso en el caso de que la religión desapareciera como una institución social, aunque por cierto que la experiencia no dice que existiera tal posibilidad.

Así, para Cournot la transición de vitalismo al racionalismo no se presenta como sustitución absoluta del uno por el otro, aun cuando se pretendiera hacerlo. Se trata más bien de desplazamiento de los centros de gravitación, por lo cual un «état final» siempre resulta ser sólo un relativo estado final.

III

Cournot ejemplifica estas tesis fundamentales muy detenidamente con la Historia moderna, que, según él, empieza en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Es ella, insiste Cournot, el fenómeno más representativo de la relación entre vitalismo y racionalismo. Sus argumentaciones históricas se basan en un profundo conocimiento del significado de industria y técnica para la Historia moderna, la cual, sin embargo, aunque siendo para aquella época fenómeno ya singular y bien difundido, sólo ahora llega a ser disciplina de primer orden, y en forma muy cristalizada, para la investigación histórica.

Lo decisivo para la época moderna sería, según Cournot, la interdependencia entre filosofía y Ciencias Naturales en el siglo XVII. Desde las Ciencias Naturales vino a la filosofía la idea del progreso sin límites —Bacon fué el apologeta de dicho progreso—. En unión de las Ciencias Naturales, la nueva filosofía pretende hacer del hombre dueño y propietario de la Naturaleza; ésta ha de ser mensurable, y así, puesta al servicio del hombre (16). Además, cuenta el esfuerzo de la filosofía política para comprender y es-

(15) *Cons.*, II, págs. 172.

(16) *Cons.*, II, págs. 250 y sigs.

estructurar a la política racionalmente: su *testimonio* es la teoría del contrato social. Al mismo tiempo el trabajo se convierte en una categoría central.

La revolución económica del siglo XVII radica en el desarrollo del comercio internacional y de las posibilidades de transporte a través de los mares. Acompañado de una adecuada transformación de los sistemas políticos, el desarrollo puesto en marcha prosigue irresistiblemente su camino; de tal manera, que la Revolución francesa, con sus categorías de pensar abstractamente, por un lado, y el despotismo, por el otro, más bien lo frena que fomenta; en otras partes, cree Cournot cuando aborda la cuestión de la ideologización de la Revolución francesa, el desarrollo ha transcurrido más ordenadamente. El siglo XIX aportaría otra revolución económica, con ayuda de las Ciencias Naturales: la economía se serviría cada vez más sistemáticamente de las fuerzas mecánicas. Su principio básico, la libertad individual, abre inmensos horizontes a energías, lo cual prueba que la libertad es imprescindible para la economía moderna.

Una de las características de la economía moderna es, según Cournot, la movilidad de la riqueza, que, en cierto modo, se está convirtiendo en el rey de la nueva sociedad, pero es una fortuna («parvenu») (17).

Sin embargo, después de tantas inquietudes religiosas y políticas, después del enfriamiento de todo entusiasmo, después del desprestigio de las viejas tradiciones y distinciones sociales, proporciona a los hombres un título de poder. A pesar de ello, cree Cournot, el afán de riqueza no debería influir en la dignidad humana mientras el trabajo sirva a desarrollar las fuerzas del hombre. La dignidad humana sería desvirtuada sólo cuando en la riqueza no se viera sino sólo el medio para proporcionar placeres. También puede ocurrir que la progresiva concentración del hombre en la consecución de la riqueza mediante el trabajo conduzca a la atrofia de otras aptitudes.

Cournot ve con claridad que la industria moderna nivela las diferencias sociales, precisamente por la posibilidad de convertirse la riqueza móvil en el factor dominante, ya que con ella se facilita el ascenso social, y con ello, a pesar de la vigorización de las aptitudes, la actualización del estilo de vida de abajo; ello por la naturaleza de los placeres que posibilita y por las costumbres que origina (18). De esta manera disminuirían las distancias de hombre a hombre. La industria moderna produce bienes en masa hasta en el ámbito de la cultura; tiene que producir mucho y barato y disminuir la calidad y resistencia de los productos para que pueda ser reducido el ca-

(17) *Cons.*, II, pág. 205.

(18) *Cons.*, págs. 207 y sigs.

pital pasivo. Sin embargo, ello significa también que, tanto ricos como pobres, tendrán acceso a los mismos bienes.

A Cournot no se le escapa que la industria moderna aminora el campo de acción para la libertad, porque, trabajando para las masas, limita la libertad de elección. Una Empresa ya no podrá permitirse el lujo de ser algo aislado, caprichoso y obstinado, pues incluyendo a la misma opinión pública (19), la inevitable reglamentación del sector económico provocaría reacciones en cadena. Así como una libertad trae detrás de sí otra, cada intervención estatal en el terreno económico provee, sea por regulación, protección, monopolización, etc., otras intervenciones. aunque, desde luego, con la considerable diferencia de que no hay más que un solo molde: *laissez-faire*, mientras que la variedad de formas de intervención es infinita; todas más o menos arbitrarias: por lo tanto, el efecto acumulativo de las subvenciones estatales no ha sido descubierto hoy.

Baste eso sobre lo sustancial en la obra de Cournot, y pasemos ahora a describir sus observaciones en torno a la política y la administración modernas.

En cuanto al entrelazamiento de Técnica, Economía y Política, puesto de relieve por Cournot, es, según él, inevitable que la Razón provoque profundas transformaciones también en la política, ya que incluso el Estado se está alejando de su época histórica.

La realización eficaz de la Razón conduciría, según Cournot, a la moderación de la pasión política, que es la parte integrante de la vitalidad del hombre (20). El progreso de la razón será, además, más acelerado debido al desgaste del entusiasmo político y al aflojamiento de la fe en frecuentes revoluciones. El Estado ya no es presentado a la Razón como personalidad viviente en propios derechos, sino más bien como una especie de suma algebraica de los intereses individuales. Los ciudadanos ya no se consideran como servidores del Estado, sino, en cambio, éste ha de servirles a ellos. Sólo en sus desvelos por los intereses particulares el Estado encuentra aún su legitimación, y puesto que estas prestaciones pueden ser conseguidas únicamente mediante el planeamiento social, que conduce inevitablemente a la mayor mecanización de la vida social, se acerca la política, y con ella, la teoría política a su final. Cournot cree que este desarrollo terminaría en la sustitución del patriotismo por las fórmulas científico-económicas, por una parte, y la razón de Estado, por la otra.

De este modo, la Administración reemplazaría en gran parte a la Política.

(19) *Cons.*, II, pág. 87.

(20) *Traité*, págs. 523 y sigs.

Si antes la Política tenía todavía como idealidad por objeto de actividad todo un conjunto de cuestiones, ahora la Administración se dedicará preferentemente a la satisfacción y garantía de los intereses. Los propios problemas morales de la Política caerán ahora bajo la burocratización, el procedimiento metódico y la sistematización planeada del funcionario. Cournot está convencido de que llegará el día en que todo será decidido según criterios estrictamente científicos, desde luego, por personas competentes, sin incurrir en pasiones o retórica exagerada. Cuanto más se desarrolle la Administración en este sentido, tanto más se independizará, respecto de la Política, llegará a representar su propia autoridad y, en cierto modo, se despolitizará (21); lo cual sería, de todos modos, mejor que intentar ejercer influencia sobre la Política por medio de la Administración. Sin embargo, donde la discusión objetiva no da lugar a dudas sobre la superioridad de una decisión, ésta debería necesariamente invitar a ser imitada por los demás pueblos que hayan alcanzado el mismo grado de desarrollo, y así, se unificaría, por lo menos, una parte de sus instituciones, ya que la burocratización se convertiría en la pauta universal.

Cournot no da mucha importancia a la ideología saint-simoniana de la administración de las cosas en lugar de la soberanía sobre los hombres. Sabemos que para él no existe un «état final» absoluto; entonces tampoco la Administración es capaz de colocar a la política en segundo lugar. Por cierto que hay situaciones de política, tanto interior como exterior que no pueden ser resueltas por la Administración sino sólo por la Política. Desde el punto de vista de la política interior: cuando haya que crear los Presupuestos para satisfacer los intereses individuales, o cuando la manifestación práctica de estos intereses estorbe las funciones vitales de la sociedad; desde el punto de vista de la política exterior: cuando ataques de un enemigo amenacen a la sociedad. Ello quiere decir que en Cournot el dilema «Cañones o mantequilla» resulta de una manera u otra indispensable. Pero en tal caso tendrá que demostrarse si la soberanía de la mediocridad amansada habrá dejado algún campo de acción para jefes políticos. Incluso si mediante la instrucción hacia abajo no mejoraría la Política —una nación que cree pudiera recuperar su antigua grandeza con ayuda del maestro—, se corre el peligro de seguir nutriendo ilusiones. Por consiguiente, no debería prestarse atención alguna a aquellos profesores que creen que la lógica debería conducir hacia una u otra clase de decisiones de carácter político. Sin embargo, a pesar de esta diferencia tan fundamental respecto a Saint-Simon, Cournot supone que la tendencia en cuestión llegaría de hecho a colocar a la Administración en

(21) *Matérialisme*, págs. 227 y sigs.

lugar de la Política; en todo caso, la Administración dominará desde el punto de vista cuantitativo.

Incluso donde la Política seguirá existiendo de hecho, irá perdiendo progresivamente su importancia. La industrialización progresiva y la democratización que de ésta emana conducen hacia un relajamiento de las pasiones políticas y harán imposible que el despotismo se conserve por mucho tiempo. Según Cournot, los intereses sociales no podrán tolerar más la prolongada existencia del despotismo, y por ello insistirán en establecer un control permanente sobre el ejercicio del poder político. Su objetivo común consistirá en el mantenimiento de *statu quo* social; las fuerzas que tiendan a monopolizar el Poder serán neutralizadas (22). Por otra parte, este veto, respaldado por la Razón y dirigido contra toda política de poder no implica una política constructiva; tampoco puede dar lugar a la iniciativa (23). No obstante, ello no quiere decir que se produciría una situación completamente libre de tensiones. Precisamente porque los intereses determinan la política, el escenario político será siempre muy vitalizado, produciéndose dentro del cuerpo social agitaciones de carácter sólo provisional. El interés común de todos los intereses se ocuparía de restablecer el equilibrio (24).

La desaparición del elemento político no tendrá por cierto consecuencias para el Derecho político, el Derecho público. Este, separado por completo de la política, continuará en vigor, sin que sus adeptos rijan a los pueblos; tampoco se interesarán por la política, no provocarán revoluciones ni intentarán evitarlas, sino que sacarán consecuencias de los principios establecidos, no preocupándose en nada por saber de dónde proceden esos principios ni por qué son tan sólidos. La ciencia, conseguida a base de grandes sacrificios, tendrá valor sólo para una nación determinada que se decidió por formas políticas bien definidas, y ello tan sólo por el tiempo en que la nación en cuestión no las cambie; con una formulación acertada, Cournot manifiesta el riesgo profesional del profesor de Derecho público de la siguiente manera: «A chaque révolution, il faut que le professeur de Droit politique refasse ses cahiers» (25).

El reconocimiento de la tendencia fundamental en la política moderna permite a Cournot decir que no solamente la política como tal, sino también la Administración, se verá restringida por la delimitación de su campo de acción. Mientras que a principios del siglo XIX no se ha tenido todavía una

(22) *Cons.*, II, págs. 73 y sigs.

(23) *Traité*, pág. 606.

(24) *Traité*, pág. 525.

(25) *Traité*, págs. 501 y sigs.

definición adecuada del Derecho que debía regir a la Administración, ahora representa el Derecho administrativo una parte importante del Derecho propiamente dicho, cuya importancia aumenta continuamente. Su peculiaridad consistiría en la cada vez mayor delimitación de las atribuciones de la Administración, dentro de la cual estaría puesto bajo el control de los Tribunales; el paso hacia el establecimiento del amplio control por los Tribunales aparece en la perspectiva cournotiana como acto final necesario de este desarrollo.

A continuación, Cournot cree que la restricción de las competencias de la Administración encontraría sus límites tan sólo en la necesidad y en la naturaleza de las respectivas actividades estatales.

Un amplio control judicial de la Administración es, desde luego, posible a través de Tribunales especiales y competentes, ya que tales Tribunales pueden enjuiciar mucho mejor las necesidades de la Administración que los de carácter general; esta es otra de sus opiniones extraordinariamente actuales (26). Lo que Cournot reconoció expresamente es que, precisamente por ello, el control resultaría aún más peligroso para la Administración, y, por consiguiente, la cuestión clave consistiría en encontrar el equilibrio entre la dependencia demasiado grande de los Tribunales y un control ilimitado de la Administración.

Este proceso de debilitamiento de los aspectos político y administrativo está acompañado de una determinada ideología, que tiene su origen en el siglo XVIII, a la que Cournot llama humanización de la política, y que en el siglo XIX se convertirá en una especie de religión (27). Esta humanización llegaría, según Cournot, hasta el mundo de los animales, frente al cual se haría cada vez más grande el sentimentalismo de los hombres. La abolición de la pena de muerte y de la esclavitud y el perfeccionamiento del sistema penal tendrían por base una religión de la Humanidad, cuyos artículos de fe serían producto más bien de las circunstancias que de la fuerza de argumentación. En realidad, este movimiento tendría su fuente de inspiración «deificación» del hombre. Aunque Cournot cree que el movimiento en cuestión está aún lejos de representar un éxito convincente, no niega su eficacia, a favor de la cual habla, por ejemplo, el hecho de que de la reforma del procedimiento penal se pasó a la humanización del sistema penal. En la actualidad ya sabemos qué es lo que pretendía con ello. No obstante, añade Cournot, la reforma del sistema penal sería más complicada que la del procedimiento penal, ya que en esta relación la «empirie» desempeñará un papel

(26) *Cons.*, II, págs. 295 y sigs.

(27) *Cons.*, II, págs. 224 y sigs.

sustancialmente más importante. Pero también declara con innegable precisión que la tesis del siglo XVIII, según la cual el fin social consistiría en conseguir la «felicidad del hombre», no es sostenible simplemente porque no se refiere ni al fin perseguido por el patriotismo de la antigüedad ni a la idea religiosa, según la cual el hombre habita la tierra. Esta imaginación de la felicidad es más bien una idea falsa, que serviría a los sofistas para engañar a los decentes (28).

Abandonarán la «clásica» edad histórica no solamente partes del Derecho, sino el Derecho como tal para ser moldeado por las exigencias de la sociedad moderna. Esta sociedad requiere el Derecho legislado, ya que únicamente esta clase de Derecho puede ser acomodado a las condiciones de una sociedad avanzada y que se encuentra en un cambio perpetuo. A pesar de ello, dice Cournot, esta forma de Derecho no tendrá nada que ver con el Derecho desarrollado mediante la «clásica» jurisprudencia, porque escapa a la sistematización y armonización y no admite que nazca un Derecho cambiante. Sin embargo, este Derecho será al mismo tiempo un Derecho concreto y muy individualizado, cuya base no será una filosofía. Es decir, Cournot supone que el Derecho no es realizable siguiendo las declaraciones de los Derechos del Hombre de 1789, porque los hombres prefieren en cualquier circunstancia un Derecho concretizado. Es cierto que Cournot no niega la necesidad de relaciones estrechamente a Derecho y Filosofía, pero no cree que la Filosofía del Derecho podría dar lugar al entusiasmo que es necesario para sustituir al tradicional Derecho concretizado.

La autoridad del Derecho moderno no se verifica en una filosofía, sino que se basa más bien en la experiencia que ha invadido el campo del Derecho, y la cual un día sería presentada incluso científicamente. Las ciencias sociales figuran como instrumento auxiliar del legislador, y finalmente, el Derecho llegará a ser una ciencia positiva, que encontraría su apoyo en la experiencia, y cuyos resultados no podrían ser discutidos; es exactamente lo que significa el dominio de los especialistas en el proceso y su penetración en la legislación. De todos modos, esta científicación del Derecho moderno apenas tiene algo que ver con la «clásica» jurisprudencia, la cual logró crear, con ayuda de la *ars iuris*, de un Derecho complicado una admirable sistema jurídico. El nuevo Derecho se caracterizará por fórmulas extremadamente sencillas, transformándose, por lo tanto, cada vez más en una técnica social, cuyo manejo exigiría menor grado de formación que antes (29). ¡Se trata de una alusión a la sumamente precaria situación de la formación

(28) *Cons.*, II, pág. 52.

(29) *Traité*, pág. 527.

jurídica actual! Cournot observa que sigue aumentando el número de leyes y disposiciones legales, pero cree que, a pesar de ello, siempre habrá profesiones jurídicas y que en la administración de la justicia puede que llegue un momento en que no habría sitio para la jurisprudencia propiamente dicha (30).

Si estas perspectivas son ya poco consoladoras, resultará aún más desoladora la suerte de la libertad política en la época de la poshistoria. Aunque Cournot dice que la democracia llegaría a ser la forma política de la poshistoria gracias al creciente imperio de la Razón, y a pesar de que afirma que el aflojamiento del afán de política de poder constituiría un rasgo sustancial en la política moderna, ello no quiere decir que aceptase como un hecho la estabilización de la libertad política. No teniendo en absoluto en cuenta que la técnica reduzca el campo de acción para la libertad, la libertad significa, en realidad, algo distinto que pudiera implicar el bienestar regulado jurídicamente y las comodidades de la vida social. La libertad es algo metafísico y relacionado con la idea del Derecho personal. Se han hecho grandes sacrificios, y en la lucha por ella se han desarrollado las más grandes virtudes. Presupone carácter e inteligencia, así como el sentimiento de dignidad personal; de aquí será más la pretensión de no ser violada en ciertos derechos mínimos. La libertad tiene algo aristocrático; significa distancia, privilegio, independencia; es decir, exactamente lo que la futura sociedad, con su inclinación a la uniformidad mensurable y mediocridad, ya no permitirá; tal vez el complicado sistema de equilibrio político sobre el cual reposa la libertad será menos apreciado en la democracia moderna (31). Desde este punto de vista, la desconsideración de la libertad durante la Revolución francesa no aparece como algo específicamente revolucionario, por lo cual la indiferencia, por lo menos relativa, frente a la libertad constituye una de las tendencias generales del siglo.

Desde las posiciones de tales concepciones se comprende el por qué Cournot ve en la democracia la forma política de la poshistoria. De todos modos, bajo el concepto de la democracia, Cournot no entiende una forma política en el sentido de las estructuraciones originales; no le interesan esquemas artificiales, simplemente, porque no los considera como fenómeno histórico. En oposición de lo que ocurre en la técnica, en la política cuentan más las fuerzas que las formas. Democracia significa aquí más bien, el régimen político en el sentido más amplio de la palabra, cuya base está constituida por el Derecho electoral general. Incluso donde no se da la democra-

(30) *Cons.*, I, pág. 144.

(31) *Cons.*, II, pág. 231.

cia en sentido formal, la forma política de gobierno queda moderada. La influencia de la opinión pública, consecuencia de la ilustración general de racionalidad, ya no permite retroceso. Por ello, los Reyes ya no son más que servidores del pueblo; puede que por orgullo de su raza o por un sentimiento, como indica Cournot, de dignidad personal, declaran abiertamente que existen dos posibilidades: aceptar a la Monarquía o renunciar a los Reyes (32).

Si en la poshistoria puede haber por lo menos una democracia moderada en la que el interés particular vela por impedir la concentración de poder, entonces esta democracia no puede ser una democracia en el sentido clásico de la palabra. Cournot ve con toda claridad que, en realidad, diferentes intereses y asociaciones destruyen el sistema representativo de gobierno. La representación ya no será una ficción jurídico-constitucional o una abstracción jurídica, sino que tendrá su punto de partida en la realidad social, es decir, se tratará de una representación que respondería a una u otra de las condiciones sociales del Poder, ya que ningún interés puede ser representado por otro. Esta forma de representación penetrará en todas las instituciones, sin que, por supuesto, llegue a constituirse en una representación absoluta (33).

En cuanto a las ideas de Cournot sobre el socialismo hay que decir que éstas dieron ya varias veces la impresión de como si en este caso las inclinaciones personales hubiesen influido negativamente sobre la observación de la realidad (34). Esta impresión parece confirmarse por el hecho de que Cournot se muestra frente al proletariado poco entusiasmado. Veamos, entonces, qué es lo que dice del socialismo.

Naturalmente, Cournot ve que el socialismo moderno sólo es comprensible desde el punto de vista de su oposición al liberalismo. Sus bases radican precisamente en las debilidades del liberalismo, poseyendo así un contenido real. Quiere evitar las consecuencias del sistema liberal negando el punto de partida liberal. Si suenan las fórmulas socialistas como aquel *slogan* de «Derecho al trabajo», lanzado en 1848, todavía después del siglo XVIII, siglo de los derechos humanos, la «Liga internacional de los trabajadores» prueba que esta vez se trata de cosas más concretas. Por ello ya no existen partidos políticos propiamente dichos; esto es, partidos que representasen la opinión pública, sino sólo partidos basados en clases sociales; ello explica el por qué un violento conflicto no será un guerra civil,

(32) *Cons.*, II, pág. 235.

(33) *Cons.*, II, págs. 235 sigs. Se recuerda la comparación con el título de un libro del presente: J. KAISER: *Die Repräsentation organisierter Interessen*. Berlín, 1956.

(34) Vid. sobre ello RUYER, ob. cit., pág. 74.

sino una guerra social que encajará menos en los rasgos del fanatismo que en los del salvajismo (35). La nueva revolución pretende reemplazar el libre juego de fuerzas por los sentimientos de solidaridad. Por consiguiente, el socialismo hace del Estado el gran organizador del trabajo y distribuidor de los productos y ha de ser el gran planeador que descarte cualquier inseguridad.

A pesar de ello, Cournot no cree que el socialismo como tal pudiera imponerse en virtud de ser en sí doctrina cerrada en alguna nación civilizada (36); entiéndase, Cournot dijo nación *civilizada*, no nación cualquiera. En la nación civilizada, el principio económico del liberalismo no puede ser, a la larga, eliminado por completo, aunque, claro está, independientemente del socialismo, no duraría ilimitadamente. Ello vale, sobre todo, en caso de tener en cuenta las relaciones económicas en el plano internacional, en las cuales, mientras no sean totalmente planeadas, siempre prevalecerá el elemento económico-comercial. Además, habrá que reconocer que el proteccionismo, en el terreno de la política, tanto interior como exterior, debilita las naciones. La solidaridad siempre corre a cargo de los más capacitados e impide la selección natural, que frecuentemente se encuentra en un estado de desesperación.

Mas Cournot no dice que no, pudieran afirmarse elementos socialistas también en naciones civilizadas. Al contrario, como lo demuestran la progresiva preocupación por los problemas sociales por parte del Estado, sus obras de carácter social y la nivelación de las diferencias sociales por medio de los impuestos. También cada vez más se está realizando la exigencia «A cada uno según sus capacidades.» Simultáneamente se debilitará la resistencia contra la creciente limitación del campo de acción de la libertad como consecuencia de la influencia ejercida por las amplias masas populares sobre la política. Sin embargo, estas consignas socialistas no representan más que éxitos parciales, cuya difusión, según Cournot, a través de la sociedad será obstruída por la enorme fuerza que ejerce el principio económico.

Ahora bien: si de lo dicho se desprende que Cournot no cree en una usurpación total del Poder por los socialistas en un país civilizado es porque no concede ninguna posibilidad a que se produzcan revoluciones en la pos-historia. Además, hay que insistir en que Cournot considera como imposible una completa eliminación del elemento político; por lo tanto, también de las pasiones políticas. Por ello supone que ni siquiera en la Era pos-histórica será pacífico el proceso social (37). Lo que importa en esta rela-

(35) *Cons.*, II, pág. 219.

(36) *Cons.*, II, págs. 356 sigs.

(37) *Traité*, págs. 695 y 534.

ción es que se tratará más bien de motines y rebeldías que de revoluciones en el sentido en que habrán seguido el camino hacia la poshistoria. Esta clase de motines no se caracterizará por reivindicaciones programáticas de índole política o religiosa; en este caso se trataría todavía de la Historia, en la que destacan programas llenos de ideas. En la oposición contra el mero oportunismo dentro del *statu quo* no existe la rebelión de las ideas. Los motines del futuro no serán para Cournot otra cosa que manifestaciones del descontento plebeyo respecto a las fuerzas sociales; por lo tanto, incapaces de establecer por sí solos una organización; se amotinarán única y exclusivamente los instintos. Suponiendo que, hay que completar a Cournot, no habrá tan sólo funciones, sino también, y todavía, jefes políticos, las necesidades de la vida social restablecerán pronto la paz y el orden.

V

Este es, en líneas generales y muy simplificado, el cuadro que Cournot traza sobre el «état final» de la civilización moderna desde el punto de vista político. Poco consolador y poco constructivo. A pesar de la afirmación cournotiana, según la cual no puede haber un «état final» en el sentido absoluto de la palabra, las líneas de desarrollo dibujadas por Cournot en torno a la civilización moderna conducen a la poshistoria, que, en un principio, no aportará nada nuevo, precisamente por no conseguir eliminar el azar y lo imprevisto. Como en un mecanismo que funciona con toda regularidad, los resultados de una decisión serán calculables en exactitud (38). La constatación de Cournot invita necesariamente, si se quiere penetrar en sus ideas, a sacar la conclusión de que en todos los campos de la vida se producirá un gran aburrimiento, que se convertirá en el rasgo principal del alma en la poshistoria; de esta manera no puede sorprender que también las creaciones artísticas pronto llegarán a su fin (39).

Si las afirmaciones de Cournot son correctas, el final de esta situación es más difícil de prever que el final de las anteriores épocas poshistóricas, sacadas a propósito por Cournot a título de comparación, ante todo, el final de la Antigüedad, cuyo ocaso fué provocado por los bárbaros del Norte y prolongado hasta bien entrada la Edad Media. Lo que pasa en torno a Cour-

(38) Cfr. también LEROY, ob. cit., pág. 125.

(39) La apatía como categoría importante del presente ha sido ante todo hecha notar páginas 28 y 114 y sigs., con la alusión a parecidas manifestaciones de SALVADOR DE MADARIAGA.

not es que es imposible deducir cómo terminaría la actual poshistoria. La civilización moderna, que tiene su origen en Europa, tal como la describió Cournot, es universal y, por consiguiente, no es de esperar, ni mucho menos, que la actual poshistoria pudiera ser reemplazada por la historia de los pueblos de color (40). En la medida en que el cuadro de Cournot concuerda con las manifestaciones de Gehlen (41), según las cuales la tierra no conocería sorpresas, y, en cambio, se encontraría definitivamente ante las alternativas, se prescinde de la presente cimentación del sistema socialista en una parte del mundo. ¿Quién, ya en el siglo XIX, defendería semejantes puntos de vista?

Si Gehlen cree que el consejo dado por Gottfried Benn al hombre en forma de «calcula con tus existencias» vale ahora para toda la Humanidad, quisiéramos incluir en ello también la memoria de Cournot.

ROMÁN SCHNUR

R É S U M É

Lors de la parution, il y a exactement cent ans, du Traité de l'enchaînement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire de Cournot, G. Friedmann remarqua que la vision, la description que faisait Cournot du développement futur de la société industrielle l'emportait en clarté sur celle de Saint-Simon.

Vitalisme et Rationalisme sont deux catégories fondamentales de Cournot qui ont provoqué toute une série d'erreurs. Le passage du vitalisme au rationalisme chez Cournot n'apparaît point comme la substitution absolue de l'un par l'autre car il s'agit plutôt d'un déplacement des centres de gravité.

Cournot se rend fort bien compte que l'industrie moderne parviendra à niveler les différences sociales, par la production en masse de biens, y compris dans le domaine de la culture. Mais il ne comprend pas moins que l'industrie moderne mettra des bornes à la liberté car, en travaillant pour les masses, elle limitera la liberté d'action.

Voilà le trait le plus caractéristique de l'oeuvre de Cournot. Par rapport à la politique et à l'administration moderne, selon lui, il est inévitable, par ailleurs, que la Raison entraîne aussi des modifications sur le terrain de la politique, puisque l'Etat s'éloigne de plus en plus de son époque historique.

(40) Vid. también RUYER, ob. cit., págs. 104 y sigs.

(41) Ob. cit., pág. 13.

Etant donné qu'en se réclamant simplement d'arguments sociaux on peut prétendre aux prestations de l'Etat, la politique et la théorie politique, du même coup, touchent à leur fin. De la sorte l'administration remplacerait en grande partie la politique et Cournot nous affirme sa conviction qu'un jour viendra où l'on décidera de tout d'après des critères strictement scientifiques, et sans tomber dans la passion ou dans la rhétorique démesurée.

Le droit moderne devenu science, n'aura presque rien à faire avec la jurisprudence classique et se caractérisera par des formules simples pour se transformer de plus en plus en technique sociale, son maniement exigeant alors une qualification plus poussée.

Dans l'époque de "l'après-histoire", l'esprit de la liberté politique ne deviendra que plus désolant. La liberté est, en effet, quelque chose d'aristocratique, exactement ce que la société future avec sa médiocrité mesurable et son uniformité ne saurait permettre. C'est pourquoi Cournot verra dans la démocratie, la forme politique de cette "après-histoire". Si, toutefois, il pouvait y avoir au moins une démocratie modérée dans cette "après-histoire", l'intérêt particulier y veillant à ce que le pouvoir ne se concentre pas, une telle démocratie ne pourrait jamais être une démocratie dans le sens classique du mot.

Cournot ne voit dans le socialisme que l'envers du libéralisme, puisqu'il s'appuie dans les faiblesses de ce dernier. C'est pourquoi et en dépit même de cela, Cournot ne croit pas que le socialisme puisse s'imposer comme tel dans aucune nation civilisée.

Tel est le tableau que Cournot nous trace de "l'Etat final" de la civilisation moderne du point de vue politique.

Mais le fait demeure, quant à Cournot, qu'il est impossible de dire comment l'époque actuelle de cette "après-histoire" pourrait bien finir.

S U M M A R Y

*When exactly a hundred years ago the *Traité de l'enchaînement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire*, by Cournot appeared, G. Friedmann pointed out that the vision and description of the future development of the industrial society made by Cournot was clearer than that of Saint-Simon.*

Vitalism and Rationalism are two of Cournot's fundamental categories which have brought about a series of mistakes. The transition from vitalism to rationalism is understood in Cournot's work not as an absolute substitution of one for the other, but more as a displacement of the centres of gravitation.

Cournot clearly sees that modern industry will level out the social diffe-

rences, bringing riches *en masse* even in the ambit of culture. But it does not escape him that modern industry lessens the field of action for freedom; working for the masses will limit freedom of election.

This is the substantial characteristic of Cournot's work. With regard to modern politics and administration, according to Cournot, it is inevitable that Reason will bring about transformations as well in the political field, because even the State is drawing further away from its historical epoch. Since the services of the State can be achieved by means of social planning, politics, and with it political theory, is nearing its end. In this way, Administration would to a great extent, replace Politics. Cournot believes that the day will come when everything will be decided according to strictly scientific criteriums by competent people and without incurring in passions or exaggerated rhetoric.

The scientificization of modern law will scarcely have anything to do with the "classic" jurisprudence and will be characterized by simple formulae, thus being transformed more and more into a social technique, the handling of which would require a lesser degree of formation than previously.

Even more desolating will be the mind of political freedom in the posthistoric periods. Freedom is something aristocratical, exactly what the future society with its measurable uniformity and mediocrity will no longer allow. This is the reason why Cournot sees democracy as being the political system of posthistory. However, if there can be at least a moderate democracy in the posthistory period whereby private interest watches to prevent the concentration of power, then this democracy cannot be a democracy in the classical sense of the word.

Cournot sees in modern socialism a consequence of liberalism, as its foundations are based precisely on the weaknesses of liberalism. Because of, and inspite of this reason, Cournot does not believe that socialism as such could overrun any civilized nation.

This is the picture that Cournot presents of the "état final" of modern civilization from the political point of view

It is impossible to tell from Cournot just how the present posthistoric period will end...

